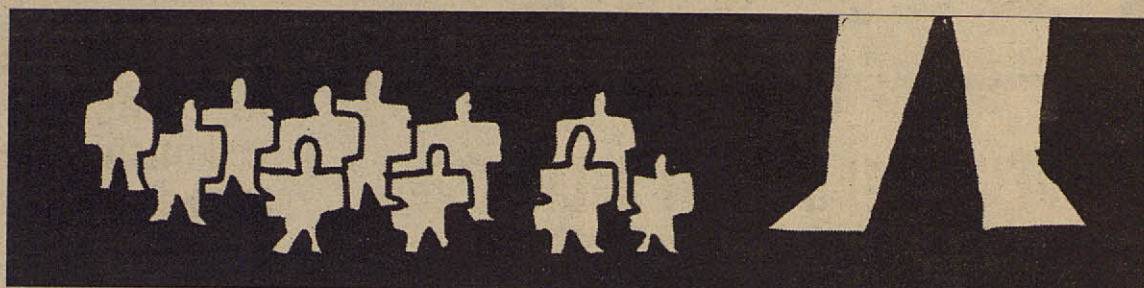


## SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

## Dictadores de novela

A L ESCRIBIR SOBRE las *Novelas del dictador* en Iberoamérica, dije que la veracidad de la vida, y el entorno social de muchos de los sátrapas reales, es más fantasiosa, cruel y variopinta que la de los personajes de Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez o Augusto Roa Bastos, que son los mejor conseguidos de una larga saga de dictadores de ficción, algunos de cuyos autores enumeré. Y repetí, machaconamente, que tan sólo Valle Inclán conseguía, con su *Tirano Banderas*, lograr una invención literaria tan genial como la de la infausta figura de alguno de los dictadores que han existido y existen en diversas y desgraciadas repúblicas de América, y en su salsa y rodeados de sus camarillas, de sus fieles y de sus enemigos.

Casi todos ellos han sido aupados y apoyados por una parte más o menos importante de los ciudadanos de sus países, con el ejército nacional a su lado, amparados casi siempre por el Departamento de Estado norteamericano, por supuesto; y aunque aparezcan solos, nunca lo estuvieron: sería irreal, imposible.

Maximiliano Herrera fue dictador en El Salvador, entre 1931 y 1944. Él y su gente se dedicaron a hacer desaparecer a más de diez mil campesinos en la zona de Izalco, pues molestaban para desarrollar un plan agrícola en el que Herrera y su camarilla tenían grandes intereses económicos: las fértiles colinas cafeteras. El dictador era vegetariano, abstemio, frugal; de aire frailuno, fue cantado por sus fieles como un hombre benigno, bondadoso, casi un santo; pero incluso varios correspondientes norteamericanos no pudieron más que llamarle "frío y siniestro asesino" cuando se vendió a los intereses *yanquis*, cuando ordenó disparar sobre estudiantes y huelguistas, cuando toleró que sus huestes fusilaran, sin juicio alguno, a los opositores. Era muy popular, sí señor.

Jorge Ubico, en Guatemala, sucedió a una serie de notables tiranos, amparados ellos y él por amplios sectores bienpensantes de la patria. Rubricó portentosas concesiones a la United Fruit, que enriquecieron a esta empresa, y la empresa le enriqueció a él, y a su camarilla, y a sus muchos partidarios, como es lógico. Aseguró a sus fieles que nunca les abandonaría, "aunque tenga que mancharme de sangre hasta las rodillas", cosa que hizo; sus amigos le regalaron más de una docena de estatuas y pinturas representando a Napoleón Bonaparte, que instalaron en su mansión; gustaba de desplazarse por el país, rodeado de notables que le preparaban reuniones multitudinarias de campesinos indios, ante los que leía discursos de clérigos y juristas le habían confeccionado, discursos en los que pedía humildad, resignación y prácticas piadosas; llegó a declarar a un asombrado periodista inglés que "es bueno que el pueblo no tenga nunca dinero en el bolsillo, pues se emborracharía y nos echaría a puntapiés a mí y a la gente honorable...".

Nicaragua ofrece, entre muchos y variopintos ejemplares insólitos, dos casos especiales. Adolfo Díaz, oscuro tenedor de libros de una empresa minera norteamericana, fue elevado por ésta y por un importante sector de la burguesía capitalina al sillón presidencial: fue el clásico *mandado*; su entorno le fomentó su natural crueldad y desprecio por la vida de los demás, que segó a rienda suelta; un criminal grisáceo.

Otro es el perfil de Anastasio Somoza: también oscuro en sus inicios, ya que nunca superó la escuela primaria, y que, antes de lucir en todo su esplendor, fue tahir, árbitro de béisbol, falsificador de moneda y trucador de contadores; mucha gente le adoraba, pues practicaba el más puro populismo; entre sus inolvidables hazañas se cuenta la de ser quien ordenó el asesinato del héroe nacio-

nal nicaragüense Augusto César Sandino, crimen que le encumbró a los ojos del entonces presidente Sacasa y de mucha gente de orden; ya en el poder, sus crímenes se hicieron incontables, y sus robos y los de muchísimos de sus *sponsors* fueron clamorosos. Somoza murió en un atentado, y le sucedió su hijo; esto ya es historia casi reciente, pues luego vino la Revolución Sandinista y ahora el Gobierno democrático de Violeta Chamorro. Pero los descendientes de Somoza, ricos ellos y elegantes, están permanentemente en las llamadas revistas del corazón, y rodeados de gente *de buena familia*, como ellos.

En República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo estuvo en el poder durante 31 años, y en olor de multitudes; igual que Franco en España. Fue nombrado por sus turiferarios generalísimo, doctor perpetuo, benefactor de la patria, protector de los obreros, y así hasta una treintena de títulos inconcebibles, que Hans Magnus Henzensberger se ha tomado la molestia de descubrir y clasificar. Sus fieles cambiaron el nombre a la capital de la república, que de Santo Domingo pasó a ser llamada Ciudad Trujillo. Los desmanes y crímenes cometidos bajo su dictadura llenarían las páginas de la guía telefónica de San Pedro de Macorís, pongo por caso, y quizás me quede corto. Nadie de su entorno se ruborizó ante tanta vanidad y tanto asesinato y tanto robo: el dictador conviene a mucha gente, es el pararrayos de la desvergüenza nacional. Masacrador de inmigrantes haitianos, responsable del asesinato del español Galíndez y repelente y babosa persona, murió sencillamente ametrallado en una cuneta, no sin antes haber aceptado del general Franco el Gran Collar de la Orden de Isabel la Católica. La *Era de Trujillo*: ¡qué cosas!

Salto a Venezuela, y escojo dos perlas y un brillante. Primera perla: el general Guzmán Blanco, llamado por los suyos, que no eran pocos, *el Ilustre Americano*, malhechor que aceptó le rodearan de estatuas que le representaban como un dios griego, tan afrancesado que trató de gobernar Venezuela desde su palacete de París... Segunda perla: el abogado Cipriano Castro, voluble, incompetente, sanguinario, degenerado, obseso sexual, tolerado por sus partidarios, ya que, con él, campaban a sus anchas; su perro fiel, Juan Vicente Gómez, le acompañó a que embarcara hacia Francia, para que allí le curaran; y ya con el barco en alta mar, le puso un telegrama diciéndole que estaba depuesto. Este Juan Vicente Gómez es el brillante que realza a las dos perlas: peón andino, ladrón de caballos, estafador de pobres y adulador de ricos; medró a la sombra de Cipriano Castro, al que dio el pago que se ha reseñado; amplió la camarilla presidencial; se dejó comparar con Simón Bolívar; permitió, alentó y multiplicó todo tipo de desafueros y asesinatos, y fue respetado en amplios círculos de la población.

En fin, la lista se haría interminable, y es muy penoso manejar tantos libros de historia y tantas enciclopedias. Sí, me dejo casos tan hermosos como son los de los cubanos Gerardo Machado y Fulgencio Batista, antecesor de Fidel Castro; y me dejo al paraguayo Alfredo Stroessner, al chileno Pinochet o al argentino Viola... Ustedes mismos.

Las *Novelas del dictador* van a seguir en Iberoamérica, pero me temo que no alcancen el nivel complejo, surrealista y esperpéntico del fenómeno del tirano y de su entorno; que diluyan la durísima e hiriente realidad; que se conviertan en un género como el policíaco, en el que el asesino suele ser único, abstraído de su contexto social. Los *Dictadores de novela*, cuyas hazañas y entornos acabo de reseñar, tienen mucha más materia literaria, en bruto, que los personajes de las *Novelas del dictador*, excepción hecha, repito, de *Tirano Banderas*.